



El Viaje de los Atlantes

De Carmen Ramírez





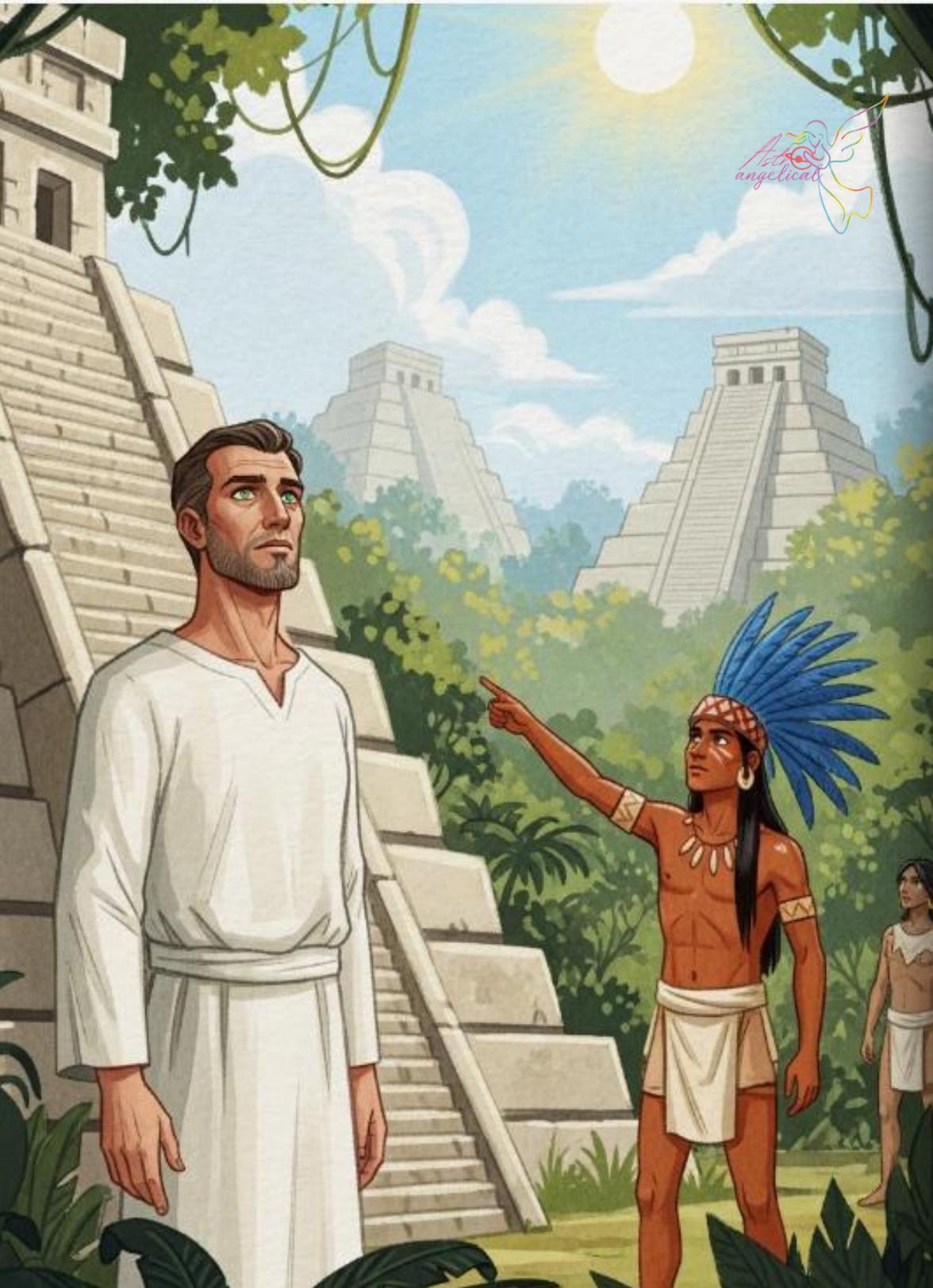


En el corazón del vasto océano,
brillaba la magnífica ciudad de la
Atlántida. Sus torres de cristal
tocaban las nubes, sus jardines flotantes
perfumaban el aire y sus habitantes
vivían en armonía con el conocimiento
y la tecnología. Pero la Atlántida, en su
grandeza, había olvidado la humildad.
Una noche, el cielo se oscureció y la
tierra tembló. El océano, que antes era
su amigo, se levantó con furia.
Thalassa y su padre, Orin, se tomaron
de la mano para huir.





Juntos, subieron a un pequeño bote. Miraron hacia atrás, pero la Atlántida ya no estaba. La ciudad de luz se había hundido en las profundidades. Después de días a la deriva, llegaron a una tierra cubierta de niebla. Era Bretaña. Allí, conocieron a los celtas, que les enseñaron que la verdadera magia no estaba en la tecnología, sino en la conexión con la naturaleza, en los árboles, las piedras y el viento.





Su viaje continuó a través del océano,
llevándolos a la Península de Yucatán.
Los mayas, con sus pirámides que se
alzaban hacia el cielo, les enseñaron la
sabiduría de los ciclos del tiempo. Orin
compartió su conocimiento de las
estrellas, y los mayas le mostraron la
precisión de sus calendarios,
recordándoles que el tiempo no es
lineal, sino un eterno retorno.



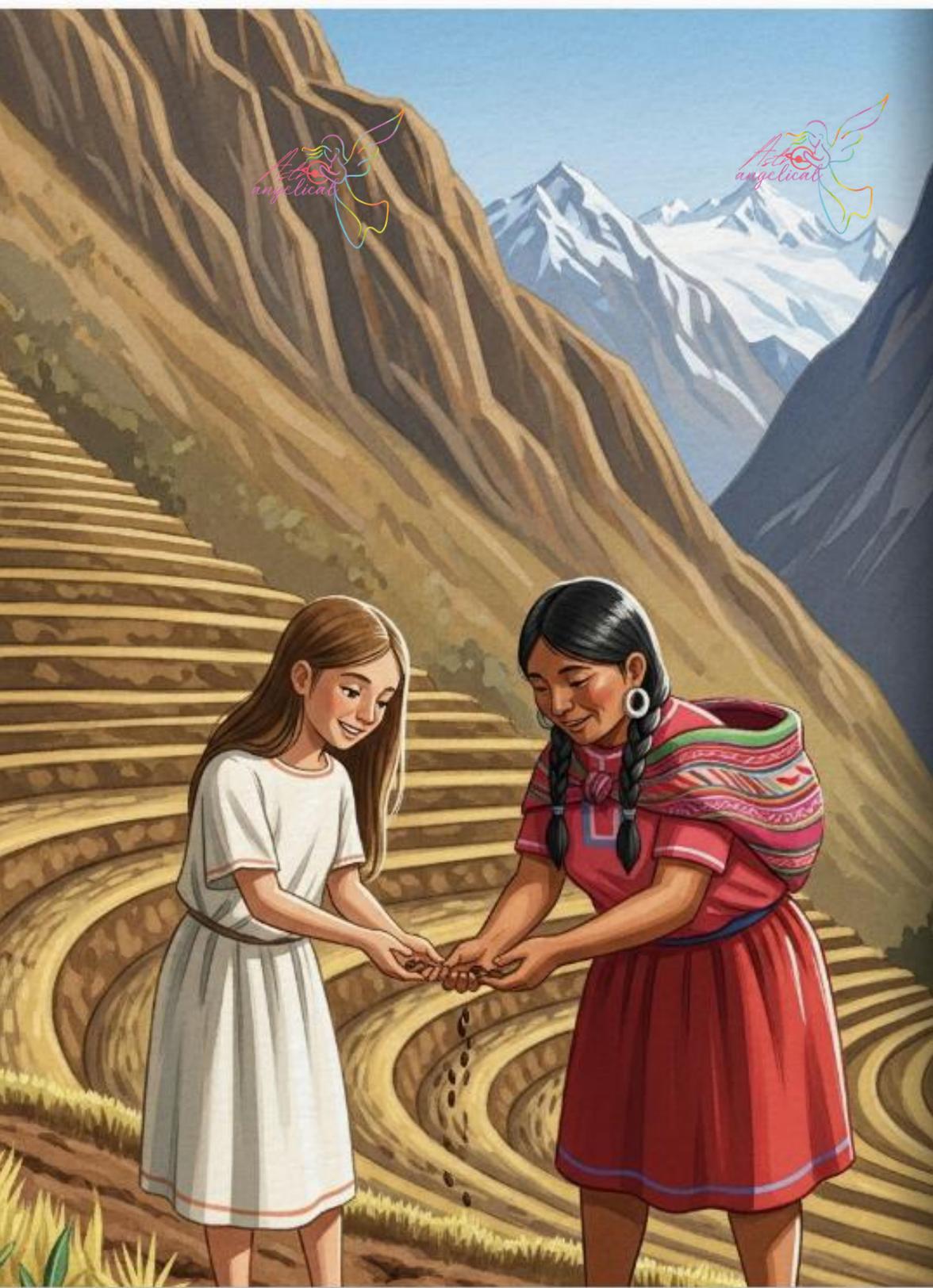


De las selvas de América, viajaron a las orillas de un río sagrado en la India. Allí, los sabios les enseñaron que la verdadera riqueza no estaba en los objetos, sino en la paz interior. Thalassa aprendió a meditar, a encontrar la calma en medio del caos, y a entender que el universo entero reside dentro de uno mismo.





Su camino los llevó a las tierras de Asia, donde los sabios de China les mostraron el concepto del Yin y el Yang. Les enseñaron que la vida es un equilibrio de opuestos: la luz y la oscuridad, el día y la noche, la fuerza y la suavidad. Orin, con su mente analítica, comprendió que la armonía no se logra con la dominación, sino con la aceptación de la dualidad.





Desde Asia, cruzaron el vasto océano hasta las altas montañas de Perú. Allí, los incas les enseñaron la importancia de la comunidad y la conexión con la Pachamama, la Madre Tierra. Thalassa trabajó la tierra junto a ellos, aprendiendo que la verdadera prosperidad viene de cuidar el suelo que nos nutre y de ayudarse mutuamente.





Su viaje continuó hacia el norte, a las tierras de los Hopis. Allí, en el desierto, aprendieron sobre la profecía y la sacralidad de la tierra. Orin vio cómo los Hopis honraban cada grano de arena y cada gota de lluvia, y comprendió que el respeto por el planeta es la base de toda existencia.





Finalmente, llegaron a Egipto. Los sacerdotes de la Enéada les revelaron los secretos de la geometría sagrada y el orden divino. Thalassa, que había visto la caída de una civilización, aprendió que la vida y la muerte son parte de un ciclo cósmico, y que el alma es eterna.





A lo largo de los siglos, Thalassa y Orin continuaron su viaje, no solo a través de la tierra, sino a través del tiempo. Su conocimiento atlantiano se fusionó con la sabiduría de las culturas que encontraron. Físicamente, sus cuerpos se adaptaron, volviéndose más ligeros y luminosos. Espiritualmente, sus almas se expandieron, convirtiéndose en faros de luz.





Llegaron al siglo XX, observando el mundo moderno con ojos antiguos. No habían encontrado un nuevo hogar, porque habían aprendido que su hogar era el viaje mismo. Con el corazón lleno de la sabiduría de los celtas, mayas, indios, chinos, incas, hopis y egipcios, continuaron su camino, listos para guiar a la humanidad hacia un futuro de luz, conciencia y armonía.

